

Luisa Futoransky

París

Elogio y pasión del alfabeto

Elijo, porque sabemos ya cuán escasos son azares y azahares en nuestro tránsito, enviar en vísperas del último gran eclipse del siglo, las líneas escritas que tienen que ver con el encuentro que bajo la amplia tienda del alfabeto nos ha reunido recientemente en Basilea.

La jornada de Basilea está aun impregnada, a varios meses del evento, de la calidez y entusiasmo de todos cuantos en ella participamos, en tanto que las palabras que uno envía por escrito, como los besos y otras efusiones bien carnales, ya Kafka lo decía, "se los beben en el camino los fantasmas".

Las palabras escritas, ¿acaso pálidos reflejos inodoros, miopes e incoloros de la pasión?

Curioso esto de recordar a Basilea con su río de ninfas insomnes, su basilisco siempre alerta, la socarronería de las fuentes de Tinguely y maridarla a lo que nos ha convocado, desgranar el cómo y el por qué de nuestra pasión por enhebrar con las letras del alfabeto el palacio mayor donde reside el poder de la palabra.

Durante la jornada se ha sugerido que el orden del alfabeto, la enumeración de la letra ocupa un papel protagónico y agónico en una serie de novelas hispánicas que han proliferado estos últimos años tiene algo que ver con el fin de siglo. Ha llegado a nombrarse que mi *De Pe a Pa* ha sido una de las primeras en encabezar esa aventura hace ya unos quince años. Agradezco tal reconocimiento pero en cambio disiento con lo que luego de alguna manera se ha desgranado de esa afirmación, y es que el viento "cambio de centuria" es en buena parte quien ha presidido

en forma ostentatoria o secreta tal elección. Por mi parte me inclino en esto de incluir el alfabeto en la intriga del discurso más hacia el fiel de la balanza que incluye las compulsiones fugaces, turbadoras e intensas que se aparentan de alguna manera con el fenómeno reconocido en algunas creaciones del art brut. Es probable que la organización de muchas novelas se aparente y conjugue con la paciencia, constancia y locura de un *Facteur Cheval* o un *Picassiette*. También con su desmesura. Nacen como los ríos de un brote conocido pero no por ello menos alucinado, que estuvo siempre allí, latente, pero que en un período más sintomático que otros de nuestra vida aflora, arrastrándonos de manera irresistible. A veces vienen de un querer ver como los niños que carecen de piedad ante las mariposas, de qué están hechos por dentro su vuelo y su color o cómo se construye y destruye el tiempo deshaciendo los mecanismos de los relojes.

Me diferencia del palacio sin puertas ni ventanas del *Factor Cheval* y de la organización del espacio y las veneraciones de *Picassiette* en que aspiro a que mis mosaicos de letras con los que invento mis palabras constituyan embarcaciones para ríos navegables.

En fin, para mí esto del alfabeto tiene que ver con la pasión obsesiva por los estamentos que configuran las palabras por todas sus costuras y repliegues y dónde reside su supremo poder de convocatoria o aniquilación. Poder de las palabras, de los sonidos, de la voz. Por el sonido, uno solo dibujado en el aire y tenemos que pueden derrumbarse los muros tan poderosos como los de Jericó.

Pero la vida con sus conos de luz y de sombra erige en forma perpetua nuevos muros con palabras, que a primera vista siempre nos parecen infranqueables, hasta que las derribamos y ya nos crecen otras nuevas, filosas como espadas, dañinas como granadas con nuevos componentes cada vez más destructores. Hasta que dejan paso en los intersticios a las luminosas del consuelo y el ciclo, con sus espirales y laberintos, recomienza. Como el flujo y reflujo de las mareas.

El poder de la palabra, el pasar al acto, el hecho de ejecutarla con el brazo que es el escrito, el dejarla suspendida en el aire para siempre, entre el pensamiento y la mano, me han apasionado. Una de las imágenes más fuertes de la Biblia que recuerdo es la de la partida del profeta Elías. Cuando es arrebatado (¿por voluntad propia? ¿por designio de quién o quiénes?) en el carro de fuego, y Eliseo, su

discípulo, quiere retener al maestro por el manto, éste parte -en su lugar quién no-, dejando por único testimonio de su enseñanza, de su paso, una letra que dibuja en el vacío y un trozo de urdimbre raída. ¿El aire de qué letra contiene el principio y el fin de la sabiduría? Ya sé que mi ilustrísimo y por estas fechas centenario compatriota me hubiera sugerido, tal vez en su amada Suiza, que nada como el Alef para comienzo y fin de todos los menesteres terrestres, pero no.

Los eruditos y cabalistas inquietos por tan ardida pregunta afirman que la aérea grafía del profeta Elías fue la shin, la de las tres líneas perpendiculares unidas en su base, la letra trinitaria que contiene en su dibujo, las arrugas concernidas que los años diseñan en la frente del sabio. También es la letra con que empieza la aspiración primera, ancestral e inalcanzable al menos en este milenio del Medio Oriente: Shalom, paz.

En suma, para no remontarnos demasiado en las turbias aguas de la historia, cada pueblo, a modo de escudo se esconde, oculta y defiende tras su alfabeto: 26 letras o 3.000 ideogramas. Un nutrido laberinto de tipos de escrituras: rúnica, cuneiforme, jeroglíficos. Quípus, neumas. ¡Y a ellas o ellos se les confía la abrumadora misión de fundar, atestiguar logros o desmoronar civilizaciones! Caminante, se hace camino al andar, afirmó después de haber andado y desandado las botas de siete o cuarenta leguas de la vida, Antonio Machado. Hoy me digo que cualquiera hubiera sido el número de piezas-enigmas de "Lego" del sistema, igual hubiéramos construido el mundo. Este y ahora, mundo. Pero el diablo y el claroscuro anidan en los detalles. Observemos nuestro sistema musical: tiene apenas siete sonidos y todavía no lo hemos agotado, melodías y disonancias nos apaciguan y acosan siglos sin cuento y lo mismo ocurre con las letras.

Así, cada pueblo efectúa meditaciones y combinaciones alrededor de sus respectivos alfabetos y sus cifras.

Los inspirados "soñadores" napolitanos que desentrañan a través de presagios, letras y números el deseo de redención y milagro de sus connacionales de ganar la lotería a cambio de modestas contribuciones pecuniarias, no son otra cosa que meros sacerdotes en el terreno, traductores intermediarios de la cábala práctica.

Cábala, en hebreo, es tradición y en el lenguaje común simple recibo. Pero también es revelación, y ahí se inmiscuye poesía.

Desde su nacimiento hasta hoy la escritura en todas las lenguas es un coto, por fortuna cada vez menos vedado, que otorga poder. Extraño cuerpo de signos y de símbolos codificados que por gran misterio se transforma en memoria de los hechos del hombre. La literatura quizá en buena parte de su acervo no sea más que tratar de borrar con el codo o corregir la vida, a golpes de abecedarios, porque en su base algo resta de aquel axioma primero de que leer y escribir confieren fuerza, privilegio y autoridad.

Qué otra cosa es el misticismo sino un conocimiento que se transmite a través de símbolos y metáforas pues la palabra escrita es testigo y naufragio de la mirada. Por eso hay que acudir como ayuda memoria al revés, al bies y a todas las napas de sus combinaciones sumergidas e interrelaciones alquímicas.

Quizá debido a ello los cabalistas imponen a los iniciados laberínticas limitaciones con respecto a la edad y cualidades éticas para emprender con ciertos parámetros de salud el recorrido del conocimiento pues el abismo del delirio es prodigiosamente cercano y atrae sin remedio, como todos los imanes donde campea la pasión: así lo atestiguan las exigencias enumeradas con harto detalle en los rollos encontrados cerca del Mar Muerto y que se refieren a los novicios de Qumram y de Qitmit.

Gershom Sholem en su introducción al estudio de la Cábala, a modo de diligente cancerbero pretende disuadir al escudriñador de lo oculto en la palabra y en la letra repitiendo una de las leyendas elementales, la de los cuatro sabios que penetraron el Vergel. Sus aproximaciones al entendimiento, la contemplación y el éxtasis fueron diferentes y los resultados en consecuencia.

Simeón ben Assai miró, percibió y murió.

Ben Zoma miró y perdió la razón.

Elisha ben Avuyah miró hacia otras direcciones y se volvió gnóstico.

Sólo Rabbi Akiva entró en paz, subió y descendió en paz.

Magro porcentaje de indemnidad para quienes quieren adentrarse en el conocimiento.

Las exigencias y disciplina requeridas a los monjes del Monte Athos o de las colinas del Himalaya no difieren en demasía.

La virtud de la paciencia atribuida hasta los límites de lo indecible a los iluminadores y copistas, sea cual fuere el texto sagrado o revelado que nos legaron es proverbial.

Alfabeto, abecedario, letras con las que comienza, se desgrana pero no resume el caudal de la sabiduría, la clave del universo.

Pareciera que para los griegos el abecedario lo inventó el bueno de Cadmo, hermano de Fénix, de Europa y de Sílex, qué familia. Pero qué familia. En esta creación del alfabeto interviene una fabulosa historia con dragones, hombres sembrados de sus dientes y una esposa a la que todo hombre aspira, llamada para que sigamos en argumento, simplemente Armonía.

Y esa aventura inexplicable -no la de Cadmo sino la de todos los mitos que lo precedieron, como los fenicios con su púrpura y su tráfico de purpurina para la escritura- comienza en el Eufrates y el Tigris un triángulo con forma de delta, de monte de venus donde las mitologías ubican el paraíso. Y de allí fluye nuestra escritura, siempre como ayuda memoria, antes de que me olvide. Del paraíso y del infierno, antes de que me olvide.

Por eso el poema corre que te corre para apresar el momento impreciso entre el rayo y el relámpago el paréntesis de luz otra, donde todo es posible. El espacio entre ambos mundos, suspendido entre gallos y medianoche, en esa hora del lobo donde reside poesía y atestigua la palabra.

Además, confieso que gran parte del goce que extraigo de la escritura es que cuando escribo no tengo más superior en la pirámide nefasta de la esclavitud a todos los verticalismos que el idioma, pero y es lo más sublime y salvaje de la poesía, ni siquiera dependo del lenguaje de comunicar sino del que monta, a tropezones del pozo y los enredos atávicos, el único que me conforma, en el sentido de moldearme, de cuerpo entero.

Un ejemplo reciente de cómo el número y la letra te persiguen más allá de toda lógica. En plena guerra de Kosovo, David Albahari, judío serbio que emigró a Calgary, una ciudad de la vasta vertiente oeste de Canadá, y que los grandes emporios editoriales se apresuran por

publicar, actualidad de guerra obliga, también tiene, naturalmente, como vertiente de su propia historia, la pasión y el atesoramiento de la letra:

En Libération del 3.6.99 en vez de dar la libra de carne y sangre que exigía la actualidad impía de la guerra le dijo al periodista: "Desconfío de su traducción, la pérdida de sentido es inevitable, en serbocroata las letras son 30, ustedes tienen 26, de manera tal que cualquiera sea el esfuerzo, emprendido, siempre tendré el derecho de pedir cuentas: ¿qué hicieron con mis cuatro letras?"

El trabajo artístico está esencialmente ligado a una obsesión que nos viene, como todas las obsesiones, de la infancia, de un anclaje al punto de partida inicial al que se suman rudimentos acumulados por nuestra propia historia para comprender y modificar el cosmos.

Ese primer punto de partida, para los que venimos de exilios diversos porque la idea patria es demasiado abstracta para que hoy día nos sirva de refugio y áncora lo constituyen las letras de un orden mágico que nos ha precedido.

Y a transitar con ellas en el zurrón.

Hasta ahora. Es la consigna que obedecemos, tanteando sin certidumbre alguna, imantados por el vértigo.

"Me caigo y me levanto", me inculcó a modo de escudo, de lema y a veces incluso de imprecación mi padre. A pesar de todo y todos, incluso de mí misma cimento, tallo y biselo mis palabras.

Pienso que los escritores estamos hechos para contar muy pocos temas, mejor dicho poquísimos, siempre los mismos. Varía la respiración y las nervaduras.

Los compositores también, giran en torno a las mismas obsesiones y repeticiones, pero ellos tienen menos vergüenza que nosotros en admitirlo y titulan sin descanso y sin empacho: Variaciones sobre un mismo tema.

La humildad, me hace hoy, ya pasado y con largueza el mezzó del camin de la mia vita, admitir lo muy limitado de mi espectro.

En suma, con el rosario con que desgrano mis letras dentro del orden secreto y revelado de mi abecedario quiero escribir mis líneas,

mis brotes y mis flores anudados, engarzados lo mejor posible, según mi sano entender del instrumento templado al máximo. Para decirlo de otra manera, aspiro a conmover y persisto en preguntar y protestar.

Camino que tantos otros atraviesan enarbolando sus listas de palabras. Como Christian Boltanski, por ejemplo. Listas, catálogos de imágenes, inventarios por orden alfabético o numérico. Maneras de contar historias por fragmentos de realidades. Maquinarias que por estar estrechamente vinculadas al inconsciente se resisten a ser desmenuzadas por la razón. Parafraseando el Libro de los Reyes, en el que el gran escriba bíblico cuando quiere cambiar de tema, por un cúmulo de razones, propias y ajenas, acaba de prisa el párrafo con: "El resto de las cosas y todo lo que hizo ¿no está consignado en el libro de los hechos de... ?".

Lo mismo digo. Tal vez por eso y mucho más mi *De pe a pa* termine tan arbitrariamente como este texto, a medio alfabeto, en una sumergida hache de Hospital. En el umbral de la convalecencia.

Sea como fuere lo que puedo asegurar tras la relectura temerosa de la novela a quince años de distancia de haberla escrito es que el tema del poder de la palabra me sigue acicateando. Y la elección de listas de palabras que se encarnan en cierto orden en la intriga del relato y exigen un tono, un aliento, incluso la gestualidad de los personajes continúa atrayéndome con cierto deleitoso vértigo.

Porque mi lengua para relatar es la del expatriado y tiene algo de la lengua del límite que es la de los niños, la de los locos, y por supuesto la de algunos poetas.

En fin, que llegar de una lengua, escribir en otra, a veces pensar en una tercera y vivir en la que se puede, constituye buena parte de la experiencia literaria de la novela contemporánea en la que me incluyo. Yo vengo de ahí, de palabras y ecos remotos balbuceados de hartos exilios. Con ellas están hechas y rehechas mis frágiles ciudadelas contra la peste. Mis relatos están confeccionados de puro patchwork: frases, retazos, cosechas vitales, melodías inconclusas, palpitaciones a lo largo y ancho de mis días y mis vías; mis lecturas, en suma, esta vida desordenada, esta escritura que es la mía.

A modo de despedida dejo para arrojar como pétalos al Rhin de la Loreley en el puente de Basilea, mi declaración de principios, mi cuento para combatir las plagas, para engañar el insomnio. A modo de escudo y de blasón:

Cantilena de la bruja rusa

Coman de mi mano
 palabritas
 pero no dejen de ser
 salvajes
 radiantes
 y precisas.

Coman de mi mano
 palabritas.